

LA TRINCHERA ROJA

Varios periódicos de Petrogrado han hecho público este acontecimiento guerrero, que sobrecoge por su grandeza heroica y escalofrío....

Desarrollóse el episodio en uno de los sectores del frente Oriental, donde los moscovitas y alemanes luchan con redoblado tesón y fiereza. El heroísmo germano se manifestó con caracteres casi sobrenaturales al suplir, con el brío y el desprecio a la muerte, una inferioridad en número descorazonante y desalentadora.... Millones de rusos se estrellan una y cien veces contra esos cientos de miles de alemanes que les cierran el paso, y una y cien veces las «colas humanas» avanzando protegidas por un alud de hierro y de fuego, «rompen» en un erizado de bayonetas y retroceden presurosas, empapando la tierra con su espuma, que es sangre....

Una de esas posiciones tan tozadamente defendidas como tercamente expugnadas, mereció de los soldados rusos un sobrenombre harto expresivo: «La trinchera roja». Toneladas de hierro y multiplicados y feroces asaltos no la habían rendido. «La trinchera roja» llegó a obsesionar a las tropas rusas y a inspirar un particularismo y supersticioso temor a los soldados zaristas más valientes. ¿Quién la defendía? ¿Hombres o diablos? ¿Seres de este planeta, o guerreros llovidos del cielo con el don de la inmortalidad? He aquí las dudas de quienes no acertaban a explicarse cómo tales hombres lograban rechazar las acometidas más terribles previos los «barridos» más capantosos del cañón. Y el hecho repetíase sin variaciones. Densas columnas de asalto se lanzaban contra la famosa trinchera. De pronto el reducto parecía incendiarse, y un ciclón de hierro, como una invisible y mortífera hoz, iba segando metódicamente fila tras fila de soldados. Cientos, millares de hombres desplomábanse en tierra por segundos.... Aquella poderosa columna era aniquilada en el acto si no

renunciaba a su loco empeño. ¡Y renunciaba siempre! ¡Todo un Consejo de generales rusos fué convocado para «la toma definitiva» de «La trinchera roja»! Una enorme concentración de tropas sobre aquel «único punto» del frente precedió al asalto más formidable que imaginar podríamos. En un crepúsculo tuvo lugar la acometida; acometida a la desesperada, en un brutal derroche de sangre, en un vértigo de morir....

«La trinchera roja» hacía estragos horribles en los batallones asaltantes: batallones que, enteros, desaparecían, pero que enteros eran sustituidos por otros batallones. Ya a cien metros de la codiciada posición «La trinchera roja» hubo de permanecer muda, como si cansada estuviese de matar enemigos. Los rusos avanzaron con recelo, pero a la vez con una indecristible alegría interior.... Las masas rusas de vanguardia, al poner el pie en aquellas ruinas humeantes, diéronlas por desiertas y abandonadas. ¡A nadie descubrían! De pronto surgió ante los soldados, y encaramado en unos cajones un oficial alemán. Relampaguó el fegonazo de una mecha y se oyó un grito potente, soberbio:

— ¡Viva Alemania!!

Cien fusiles encañonaron al patriota; pero en ese mismo instante una explosión horrenda y una nube de humo dió fe de la catástrofe.

¡Catástrofe sublime!

¡El teniente Steinberg, el último defensor de «La trinchera roja», había hecho volar todos los explosivos de que aún disponía, volando él también!

Era el último zarpazo de los heroicos defensores de «La trinchera roja», ¡y ese zarpazo le arrancó la vida a doscientos combatientes más!

¿Quién se atreve a asegurar que Alemania será derrotada? ¿Quién es capaz de poner cadenas y rendir a un pueblo que posee esos Steinberg?...

¡Meditadlo bien, enterradores!...

CURRO VARGAS